

rrada. Se añadió que no se reconocería ya ni á Luis XVI ni á ningún otro rey. Y se acordó que al día siguiente, domingo, corregida en este sentido la petición, sería firmada por el pueblo en el altar.

Algunos, juzgando acertadamente que semejante declaración de guerra á la monarquía no pasaría sin tormenta, fueron de opinión de que se necesitaba conseguir en el Hotel de Ville una autorización para la reunión del día siguiente. En efecto, fueron varios á pedirla; Bonneville iba con ellos, y (según parece, en el camino) se hicieron acompañar por Camilo Desmoulins. En la alcaldía no encontraron más que al primer síndico, que no se atrevió á negarse, les dió buenas razones, pero ningún escrito, con lo que se dieron por satisfechos y se creyeron autorizados.

La jornada no había concluído todavía. La Asamblea se resistió aún; sin duda la enteraron de la autorización pedida en el Hotel de Ville y de la petición «para no reconocer á Luis XVI ni á ningún otro rey.» El día siguiente era domingo. Todo París, toda la población, conmovida desde el domingo anterior por tan repetidos acontecimientos, acudiría al Campo de Marte. El pueblo soberano iba á alzarse, como decían los periódicos, á mostrarse con toda su fuerza y majestad; si firmaba, ya no era una petición, era una orden la que daba á sus mandatarios.

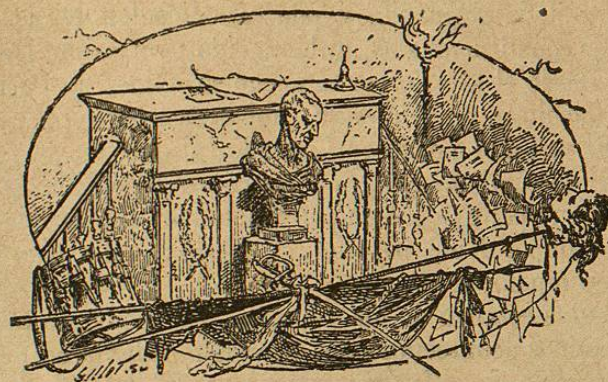
En vano objetaría la Asamblea que el pueblo soberano de París no era, después de todo, el soberano de la Francia; á pesar de ello sería arrollado por la ola irresistible.

Estaba á tiempo para evitarlo, eran las nueve de la noche; podía prescindir de la distinción tras la que se parapetaban los Amigos de la Constitución: *La Asamblea no ha hablado expresamente de Luis XVI.* Desmeuniers reprodujo su proposición del día 14, en la que, bajo una forma rigurosa, dura para el rey, en realidad se le garantizaba, se le aseguraba el porvenir y la devolución de la autoridad real. Propuso y se votó que: «la suspensión del poder ejecutivo duraría hasta que el acta constitucional fuese presentada al rey y aceptada por él.»

Nada de ambigüedad. La cuestión está prejuzgada en favor de Luis XVI; no es de un rey posible; es de él, del rey de quien se trata. Este secreto cierra el círculo de la ley y no deja ninguna salida. Todo lo que se salga de este círculo puede ser perseguido legalmente.

Faltaba arreglar su ejecución. A las nueve y media de la noche, deciden el alcalde y el consejo municipal, en el Hotel de Ville, que el siguiente día, domingo 17 de Julio, á las ocho en punto, el decreto de la Asamblea impreso y fijado en las esquinas, sea promulgado á son de trompeta por los notables y alguaciles de la ciudad, convenientemente escoltados por fuerzas del ejército.

No es posible mandato más significativo ni más solemne. La autoridad habla al pueblo con la mayor claridad. ¡Desgraciados los que se obstinen en taparse los oídos!



CAPITULO XX

Matanza del Campo de Marte (17 de Julio del 91)

Los realistas necesitaban un motín. — Fatal travesura del Campo de Marte. — Asesinato en el Gros-Caillou — Tres partidos en el Campo de Marte. Petición republicana contra la Asamblea. — Es enarbolada la bandera roja. — Aspecto pacífico del Campo de Marte. — La guardia asalariada y los realistas hacen fuego sobre el pueblo. — La guardia nacional salva á los fugitivos.

Todos los decretos de la Asamblea no hubieran sido suficientes para levantar la majestad caída; se necesitaba un acto de fuerza que se la devolviese, haciéndola creer que era fuerte todavía. Esto no podía hacerse sin un motín, sin la victoria contra el motín. Los realistas en las Tullerías y los constitucionales en la Asamblea, lo deseaban ardientemente.

En cuanto se iniciase el motín, sería vencido. Además de la guardia nacional, cuerpo imponente de sesenta mil hombres, organizado y uniformado, tenía Lafayette un arma indefectible, la llamada tropa del centro, guardia nacional á sueldo, de más de nueve mil hombres, la mayoría antiguos guardias franceses, muchos de los cuales fueron luego oficiales y generales de la República y del imperio.

Pero precisamente porque el pueblo veía enfrente fuerzas tan temibles, se podía apostar que no habría motín. Los dogos bajaban la cabeza. El famoso cervecero Santerre, que por su voz, su estatura y su corpulencia, tenía tan gran influencia en el barrio de San Antonio, aceptó en los Jacobinos la humilde misión de ir á retirar la petición del Campo de Marte. Los grandes directores de los Franciscanos se mostraron más prudentes todavía. Comprendieron el alcance del último decreto, vieron perfectamente que los realistas necesitaban una algarada; los golpes que recibieron Freron y Rotondo les indicaron que serían poco escrupulosos en la elección de medios para provocarla, y desaparecieron, lo cual les ha sido echado en cara. Creo, sin embargo, que su presencia hubiera sido un pretexto de disputa y de combate; no hubieran dejado de decir

que habían excitado al pueblo, y toda la odiosidad del asunto, que recayó sobre los constitucionales, hubiera sido para ellos. Danton lo comprendió así. Desde el sábado por la noche se eclipsó de París y se fué al bosque de Vincennes, en Fontenay, donde su suegro, el cafetero, tenía una casita. El valiente carnicero Legendo, al que no se le caían de la boca palabras de combate, sangre y ruinas, se llevó consigo á Desmoullins y Freron que perdían el tiempo redactando una nueva moción y se dirigieron al campo, donde pasaron el fresco aquella calurosa jornada, comiendo en compañía de Danton.

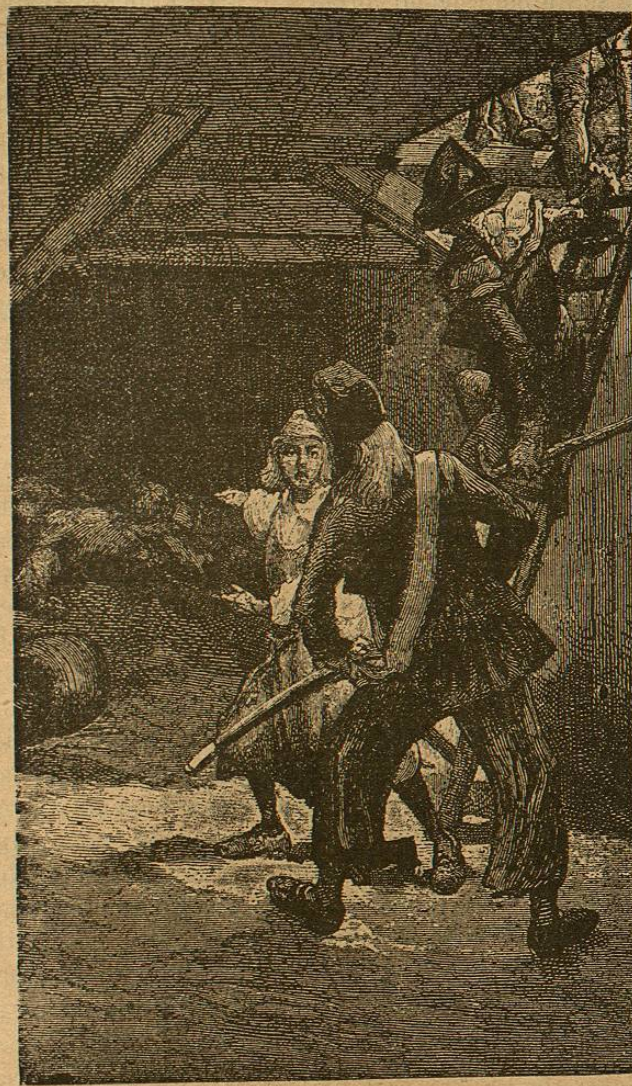
Los realistas estaban de buen humor; en medio de todos aquellos grandes y trágicos acontecimientos se creían todavía en los tiempos de la Fronda y ponían en solfa á sus enemigos. Hasta el final de la Asamblea constituyente fué inacabable su verbosidad. Diariamente, encerrados en los restaurants de las Tullerías y del Palais Royal escribían, apurando botellas, sus famosas *Actas de los apóstoles*. El suceso de Varennes, que á pesar de su tristeza tenía su aspecto ridículo, no era á propósito para poner á los burlones de su parte. Se alegraron mucho del eclipse de los famosos jefes populares. Aquella misma noche ante la casa de Danton, en Fontenay, le dieron una especie de cencerrada acompañada de gritos, de insultos y de amenazas.

Una burla fatal, y cuyas consecuencias fueron terribles, se intentó en el Campo de Marte. Por tristes y vergonzosos que sean los detalles, son muy esenciales para la pintura de las costumbres de la época, para que no pueda pasarlos la historia en silencio. El primer deber del historiador no es la gravedad, sino la verdad.

La emigración y la ruina de muchos que no emigraban, había puesto en la calle á una masa de lacayos, de gentes ligadas á los nobles y á los ricos por diferentes títulos, agentes de modas, de lujo, de diversiones y de libertinaje. La primera corporación de esta clase, la de los peluqueros, estaba como aniquilada. Había estado floreciente durante más de un siglo por la extravagancia de las modas. Pero la terrible frase de la época: «Volved á la naturaleza» había matado á aquellos artistas, peluqueros y peinadoras; se tendía en todos los órdenes á una sencillez espantosa. El peluquero perdía á la vez su existencia y su importancia. Digo importancia, porque realmente la tenía muy grande bajo el antiguo régimen. El precioso privilegio de las largas audiencias, la ventaja de tener por espacio de media hora ó de una hora entre las tenacillas á las hermosas damas de la corte, de charla, de decir cuanto se le ocurría, pertenecía de derecho al peluquero.

Ayuda de cámara ó peluquero, era admitido por la mañana con la mayor intimidación, y presenciaba muchas cosas como confidente, sin que se pensara en confiarse á él. El peluquero era como una especie de animal doméstico, un mueble de las damas, y participaba mucho de la frivolidad de las mujeres, á las que pertenecía. La reina confió á maese Leonard, muy fiel, pero de poco seso, sus diamantes y el cuidado de

ayudar á Choisseul en la fuga de Varennes y así salió ello. Inútil es decir que aquellas gentes echaban de menos amargamente el antiguo régimen. Los realistas más furiosos no eran acaso ni los nobles, ni los curas, sino los peluqueros.



Encuentran á los dos culpables, muy corridos, fingiendo dormir. (Pág. 650)

Agentes mensajeros de los placeres, eran también, generalmente, libertinos por su propia cuenta. Uno de ellos, el sábado por la noche, la víspera del 17 de Julio, tuvo una idea que no podía germinar más que en la cabeza de un libertino desocupado; ideó situarse bajo la platafor-

ma del altar de la patria para verles las piernas á las mujeres. No se llevaba entonces tontillo, sino faldas muy huecas por detrás. Las altivas republicanas, tribunas con gorra, oradoras de clubs, las romanas, las mujeres de letras, iban á subir allí. El peluquero creía chistoso el ver (ó imaginárselo) y hacer después comentarios. Falsa ó verdadera, sin duda alguna se hubiera hecho presa en los salones realistas; había en ellos gran libertad en el lenguaje, aun entre las grandes señoras. Con asombro se lee en las Memorias de Lauzun lo que se atrevían á decir en presencia de la reina. Las lectoras de *Faublas* y de otros libros peores, habrían recibido con agrado aquellas desvergonzadas descripciones.

El peluquero, á imitación del de *Lutrin*, quiso tener un camarada con quien encerrarse en aquellas tinieblas, y escogió á un valiente, viejo soldado inválido, tan libertino como él. Se proveen de víveres y de un barril de agua, van por la noche al Campo de Marte, levantan un tablón, y al bajar lo vuelven á colocar cuidadosamente. Luego, valiéndose de una barrena, empiezan á hacer agujeros. Las noches son cortas en Julio, había mucha claridad y aún seguían trabajando. La ansiedad porque amaneciera el gran día despertaba á muchas gentes, y también la miseria y la esperanza de vender algo á la muchedumbre; una vendedora de pasteles ó de limonadas, tomó la delantera á las demás rondaba, ya á la espera, alrededor del altar de la patria. Nota que barrenaban á sus pies, tiene miedo y empieza á gritar. Estaba allí un aprendiz que había ido á copiar las inscripciones patrióticas. Corre á llamar á la guardia del Gros-Caillou, que no quiere moverse; se dirige sin parar al Hotel de Ville, vuelve con hombres armados de herramientas, separan las tablas y encuentran á los dos culpables, muy corridos, fingiendo dormir. Era un mal negocio; entonces no se toleraban bromas sobre el altar de la patria; en Brest le costó la vida á un oficial el haberse burlado de él. Aquí, circunstancia agravante, confesaron su feo propósito. La población del Gros-Caillou se compone en su totalidad de lavanderas, ruda población de mujeres armadas de palas, que durante la Revolución tuvieron sus días de sedición y de revueltas. Aquellas señoras tomaron muy á mal la confesión del ultraje que trataba de inferirse á las mujeres. Por otra parte, circularon entre la multitud otras versiones; se decía que los culpables habían obtenido la promesa, para dar un golpe, de rentas vitalicias; el barril de agua, al pasar de boca en boca, se convirtió en un barril de pólvora; de aquí la consecuencia: «querían volar al pueblo...» La guardia no pudo defenderlos, y fueron arrastrados y degollados; luego, para atemorizar á los aristócratas, les cortaron las cabezas y las llevaron á París. A las ocho y media ó las nueve, estaban en el Palais Royal.

Precisamente á aquella hora los oficiales municipales, con los alguaciles y trompeteros, promulgaban en las plazas las decisiones de la Asamblea, el discurso severo del presidente y las medidas represivas.

Ved, pues, desde por la mañana, las dos cosas contrarias que debían servir igualmente la causa de los realistas: la amenaza, el crimen que castigar; el cuchillo ya levantado y la ocasión de herir.

Se reunía la Asamblea; la noticia cae como un rayo, amañada, desfigurada á capricho.

Un diputado asustado: «Dos buenos ciudadanos han muerto... Recomendaban al pueblo el respeto á las leyes y les han ahorcado». (Movimiento de horror.)

Regnault de Saint-Jean-d'Angely: «Pido la ley marcial... Es preciso que la Asamblea declare criminales de lesa nación á los que *por medios escritos* individuales ó *colectivos* induzcan al pueblo á la resistencia».—De este modo se lograba el fin deseado, se confundían la petición y el asesinato, y toda reunión era considerada como reunión de asesinos.

La Asamblea, después, con una tranquilidad de espíritu extraña en aquella situación, pasó á ocuparse de otro asunto. Permaneció allí todo el día haciendo como que oía informes sobre la hacienda, la marina, los disturbios promovidos por los clérigos, etc. Sin embargo actuaba; su presidente Carlos Lameth enviaba con la violencia impaciente de su carácter mensajes al Hotel de Ville en nombre de la Asamblea y aguijoneaba la lentitud de la municipalidad. Esta, encargada de ejecutar, era menos impaciente; dió á entender que no había sabido hasta las once el asesinato cometido entre siete y ocho. Las tropas que envió llegaron á mediodía á Gros-Caillou, y prendieron á uno de los asesinos que se escapó, pero fué vuelto á coger al día siguiente con uno de los cómplices. La Asamblea antes de mediodía había expedido su decreto. La frase *escritos colectivos* amenazaba precisamente á la petición de los Jacobinos. Robespierre salió para advertirles del peligro y obligarles á retirar la petición del Campo de Marte. La sala estaba desierta: apenas había una treintena de miembros. Estos treinta, comisionaron á Sante-re y algunos otros.

En el Campo de Marte había aún poca gente; en el altar no llegaban á doscientas personas (Madama Roland, que estaba allí, lo atestigua). En el glacis, hacia el Gros-Caillou, grupos esparcidos, hombres aislados, iban y venían. Aquel pequeño número perdido en la inmensidad del Campo de Marte, no tenía establecida ninguna inteligencia común. En aquel momento, existían tres distintos pareceres. Los unos, los Jacobinos, decían que, habiéndose decidido la Asamblea por el rey, había que modificar la petición; que la sociedad iba á redactar una nueva. Los otros, miembros de los Franciscanos, agentes secundarios, orgullosos de llevar la dirección en ausencia de los jefes, insistían para que en el acto se redactase una petición amenazadora; eran estos hombres de letras ó letrados de diversas categorías, Robert y su mujer primero, un tipógrafo, Brune, que después fué general, un escritor público, Hebert, Chaumette, estudiante de medicina, periodista, etc.

Había además otros franciscanos, hombres de acción, que no se entretenían en escribir, los cuales permanecían en el glacis con el populacho del Gros-Caillou, irritados de que los jueces trataran de reformar la justicia sumaria que por la mañana se había hecho en los dos hombres sorprendidos debajo del altar. ¿Podría aquella excitación llegar á producir una gran explosión popular? Nada lo hacía presumir, pero aquellos furiosos franciscanos así lo creían. Había entre ellos esos hombres nefastos que no se ven más que en tales días. Según todos los datos, entre ellos se encontraba Verrier. Fournier, con toda seguridad. El primero, figura fantástica, el horrible jorobado del 6 de Octubre. El 16 de Julio por la noche, aquel enano sanguinario, montado sobre un enorme caballo, había cabalgado por todo París con gestos terribles, como una verdadera aparición apocalíptica. El otro, carecía de palabras y de gustos; no sabía más que herir; era un hombre determinado, de alma violenta, atroz el auvernés Fournier, conocido por el americano. Capataz de negros en Santo Domingo, más tarde negociante, arruinado, disgustado por un proceso injusto, había fatigado vanamente con sus peticiones á la Asamblea de los nobles y á la Asamblea constituyente: esta última, dirigida por los plantadores, como Lameth y Barnave, había rechazado definitivamente la postrera petición de Fournier, apenas hacía un mes: desde entonces se vió á aquel hombre en todos los sitios donde se podía matar: tomó parte en las más terribles tragedias de las calles. Sin ambición, sin odio personal, sólo por odio á la especie humana, como *aficionado* á la sangre. Después de la Revolución volvió á Santo Domingo y continuó matando, con preferencia á los ingleses, y se distinguió como corsario.

Las primeras tropas entraban en el Campo de Marte al mediodía, mandadas por un ayudante de campo de Lafayette. De los glacis partió un disparo que hirió al ayudante. Poco después se presentó Lafayette en Gros-Caillou con numerosas tropas y un cañón; los furiosos del glacis, el populacho del barrio estaban disponiéndose á hacer una barricada volcando las carretas; uno de entre ellos, guardia nacional (se cree que fué Fournier), disparó á boca de jarro sobre Lafayette, á traves de la barricada, pero hizo falta el fusil. El agresor fué preso inmediatamente, pero Lafayette con mal entendida generosidad hizo que le dejaran en libertad. Continuó hasta el altar, donde encontró á los oradores y redactores, pocos en número, tranquilos, y le juraron que se trataba únicamente de una petición, y que una vez firmada se retiraría cada uno á su casa.

La Asamblea supo en el mismo instante que se había hecho fuego sobre Lafayette. El presidente escribió apresuradamente al Hotel de Ville, y se mandó á dos municipales para que requirieran á la multitud, no encontrando con gran sorpresa suya más que gentes pacíficas, que les leyeron la petición, la que no les pareció mal, á pesar de que ponía de relieve con demasiada energía la audacia de la Asamblea al prejuz-

gar la cuestión en favor del rey sin esperar el voto de la Francia; acusaba también una grave ilegalidad, sosteniendo que los doscientos ó trescientos diputados realistas que habían protestado y no querían ya votar, habían ido sin embargo esta vez á votar con los otros.

Esta famosa petición (que tengo ante mi vista) parece, por el carácter de la letra, que fué escrita por Robert, cuyo nombre se lee al pie, con los de Peyre, Vachart (¿ó Vrichaux?) y Dumont. Es enérgica, ardiente, improvisada indudablemente en el Campo de Marte. No me extrañaría que la hubiese dictado madama Robert (madama Keralio), que estuvo todo el día en el altar con su marido, tenazmente apasionada firmando y haciendo firmar. Su redacción es entrecortada, como dictada por una persona jadeante. Varias negligencias felices, pequeños rasgos acerbados (como la cólera de una mujer ó de un colibrí) denuncian, á mi juicio, una mano femenina. Siguen luego miles de firmas que ocupan varias hojas ó cuadernillos cosidos juntos. Sin ningún orden, indudablemente cada cual ha firmado á medida que llegaba, casi todos con tinta, varios con lápiz. Hay muchos nombres conocidos, especialmente los de la sección del Teatro Francés (Odeon), que estaba allí en gran número: *Sergent* (el grabador); *Rousseau* (¿el primer cantante de la Opera?); *Momoro*, primer impresor por la libertad y elector de la segunda legislatura; *Chaumette*, estudiante de medicina, calle Mazarino, n.º 9; *Fabre* (¿d'Eglantine?); *Isambert*, etc. Hay otros que no son del mismo barrio, pero también miembros de los Franciscanos; *Hebert* escritor, calle de Mirabeau; *Hanriot*, *Maillard*. Algunos Jacobinos como *Andrieux*, *Cochon*, *Duquesnay*, *Taschereau*, *David*. Por fin nombres de todas clases: *Girey-Dupre* (el lugarteniente de Brissot) *Isabey* padre, *Isabey* hijo, *Lagarde*, *Moreau*, *Renouard*, etc.

Al principio de la hoja 35 se lee esta nota conmovedora: «¿La daréis de puñaladas (¿á la libertad ó á la patria?) en su cuna después de haberla creado?»

Algunos añadían á su nombre: *guardia nacional ó soldado ciudadano de la patria*. Muchos que no sabían firmar hacían una cruz. Hay nombres de mujeres casadas y solteras. Sin duda aquel día como domingo, habían salido acompañando á sus padres, hermanos ó maridos. Creyentes de fe sencilla, quisieron atestiguar con ellos, comulgar en su compañía en aquel acto solemne cuya importancia no comprenderían muchas. No importa, eran valerosas y fieles, y más de una lo atestiguó también con su sangre.

El número de las firmas debió ser verdaderamente inmenso. Las hojas que aun se conservan contienen varios millares, pero es indudable que se han perdido muchas. La última lleva la página 50. Aquel prodigioso entusiasmo del pueblo firmando un acto tan hostil al rey, tan severo para la Asamblea, debió atemorizarla. Sin duda la llevaron una de las copias que se había hecho circular y aquella Asamblea soberana hasta entonces, juez y árbitro entre el rey y el pueblo, vió que se con-